CODESAL

ANTOLOGIA DE TEXTOS SOBRE LA ORACION

Segunda Parte

Desde principios de la Edad Media hasta nuestros días

Serie
Grandes Maestros
N.º 11

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-201-4
Depósito Legal: B-23513-1992
Printed in Spain

PROLOGO

He aquí, amado lector, un libro raro y singular, aburrido y cansado, monótono y pesado, que repite, reitera y recalca continuamente las mismas frases con tal persistencia e insistencia, que probablemente haya muchos lectores que no lo puedan soportar.

No obstante, en esa continua y constante repetición de conceptos, en esa uniforme monotonía de frases, en ese recalcar y reiterar durante todo el libro los mismos pensamientos, está precisamente todo el valor de este trabajo. Y ¿por qué? Porque en este libro nos hemos limitado a preguntar a todos los santos escritores su opinión sobre la oración, y como es una sola pregunta, las respuestas tienen que ser unánimes. Si fueran diferentes, si no concordaran las respuestas y hubiera mucha variación de opiniones, éstas tendrían poco valor; pero si todos nos responden igual, si con cierta variación de expresiones todos nos vienen a decir la misma cosa, sabemos que no pueden estar equivocados y que sus palabras tienen el valor de un dogma.

Desde luego que este libro no tiene interés para todos: Aquel que quiera vivir tranquilamente sin molestarse en hacer grandes cosas, que le guste la comodidad y no quiera nada de sacrificios, que no esté dispuesto a negarse a sí mismo y a cargar con la cruz de cada día, que se conforme con ser un cristiano vulgar y no pretenda hacerse el héroe; en definitiva; aquel que se conforme con entrar en el cielo sin pretender hacerse santo, puede ya arrojar este libro de sus manos, porque esto no está escrito para él. Este libro está compuesto por los santos, y sólo sirve para santos. Si tú estás decidido a hacerte santo, cueste lo que te cueste, escucha a los santos, porque precisamente en estas páginas está escondido el secreto de la santidad.

La santidad no es obra exclusiva del hombre, sino de Dios con el hombre; el hombre sin la ayuda de Dios no puede nada (Jn. 15, 5), pero con su ayuda todo lo puede. Y como resulta que esa ayuda de Dios sólo se consigue con la oración, de aquí proviene la necesidad ineludible que todos tenemos de ella.

No voy yo a repetir una vez más en el prólogo lo que el lector se cansará de leer una y mil veces en las páginas del libro; por tanto yo ahora solamente quiero decirle que, si de verdad quiere hacerse santo, que siga adelante en la lectura y se deje enseñar de los santos; pero si no está animado a soportar los sacrificios que se le piden, y está conforme en poder encontrar un pequeño rincón en el cielo, más le conviene que también lea este libro, porque como descuide la oración, será muy difícil que se le pueda dar entrada en aquel glorioso lugar.

SAN PEDRO DAMASCENO (s. XI)

Según la tradición fue obispo de Damasco y murió mártir en Arabia. Vivió en el siglo XI y en el sinaxario bizantino es citado el 9 de febrero. Sus escritos están inspirados en la Biblia, San Juan Clímaco, Isaac el Sirio, San Juan Crisóstomo y Gregorio el Teólogo.

Tenemos que ejercer el sentido del temor. Después del Oficio de Completas se dice el Credo, el Padre Nuestro y numerosos Kyrie eleison. Se está sentado en dirección hacia oriente, como los que lloran a un muerto, con la cabeza inclinada, el alma apenada y el corazón gimiendo. Se reza primero la acción de gracias, luego la confesión y las demás oraciones. El gran Atanasio dice que debemos confesar las faltas que hemos cometido aun sin saberlo y las que habríamos cometido de no ser librados por la gracia de Dios, para que a la hora de la muerte no tengamos nada de qué dar cuenta. Además tenemos que pedir los unos por los otros, según el mandato del Señor y del Apóstol (Lc. 22, 32; Sant. 5, 16).

La acción de gracias reconoce que por nosotros mismos somos incapaces de dar gracias en la hora de la muerte, que el resto del tiempo somos negligentes y que este momento es una gracia de Dios. La confesión proclama que lo que se nos ha dado es sin medida. Soy incapaz de conocer y comprender todo. No conozco más que de oídas y sólo he aprendido algunas cosas. De continuo somos colmados de bienes manifiestos y secretos. La paciencia de Dios ante mis pecados es inefable. Soy indigno de

levantar los ojos, como decía el publicano (Lc. 18, 13). No confío en nada más que en tu inefable amor al hombre.

Tengo que decir en palabras todas las formas de mis faltas para acordarme de ellas y llorarlas. He de confesar mi debilidad para que venga sobre mí el poder de Cristo, según el Apóstol (2 Cor., 12, 9) y se me perdone la multitud de mis pecados. Porque al principio no pido por los demás, sino por la multitud de mis pecados. Primero tengo que refrenar en mí todo vicio, todo hábito malo, porque soy incapaz de resistir solo. Pido al Todopoderoso que me apacigüe el impulso de las pasiones, que no me deje pecar contra El ni contra nadie. Rezo también por los que he ofendido y por los que me han ofendido o me ofenderán, rechazando en mí todo rastro de resentimiento. Rezo por los que ya han partido para que encuentren la salvación y para acordarme de la muerte; rezo por todos, puesto que necesito la oración de todos para dejarme conducir por Dios y llegar a ser lo que El quiere.

Con temor de la justicia divina, porque me siento pecador, le pido para que su amor hacia el hombre se cumpla según su deseo. Y le digo: Basta con que esté a tu derecha, aunque sea el último de los salvados, porque no soy digno de ellos. Pido también por el mundo entero, como lo hemos aprendido de la Iglesia. Y cuando quiero comulgar pido encontrar benigno a Aquel que es mi auxilio, acordarme de los sufrimientos santos de nuestro Salvador y llegar al amor de su memoria. Rezo para que la comunión de los Misterios purísimos sea también la comunión del Espíritu Santo. Porque el Consolador consuela a los que viven en el luto de Dios en el mundo presente y en el venidero, a fin de que la comunión de los Misterios purísimos les sea prenda de la vida eterna en Cristo por la intercesión de su Madre y de todos los santos. A continuación me arrodillo ante todos los santos, suplicándoles que pidan por mí, porque ellos pueden presentar al Señor mi plegaria.

Durante la oración el alma ha de estar libre de toda malicia, sobre todo del rencor, como dice el Señor (Mc. 11, 25) (...). Cuanto más reza uno por los que le calumnian y le acusan, tanto mayor paz recibe en la oración pura y perseverante.

No hacemos las plegarias para enseñar a Dios, que conoce nuestros corazones, sino para llegar a la compunción por dichas oraciones. Puesto que deseamos permanecer siempre ante El, multiplicamos las palabras dándole gracias y reconociendo sus beneficios. Pues no es una tontería ni una diversión repetir la misma palabra o palabras semejantes. La palabra de la Escritura se graba en la inteligencia del que reza o del que lee. Dios conoce las cosas antes de que sucedan y no tiene necesidad de escucharlas por nuestras palabras; pero nosotros sí necesitamos, para conocer lo que pedimos y por lo que lo pedimos a fin de testimoniarle nuestro reconocimiento y de dirigirnos a El por las oraciones. También lo necesitamos para no ser vencidos por los enemigos cuando nos atormentan los pensamientos y cuando no nos acordamos de Dios. Tenemos, en fin, necesidad de la oración y de las divinas Escrituras para poder adquirir las virtudes sobre las que han escrito los Santos Padres por la gracia del Espíritu Santo.

(La Filocalia, edición de la Abadía de Bellefontaine, vol. 2, páginas 209-215).

SAN SIMEON EL NUEVO TEOLOGO (m. 1022)

San Simeón denominado "El Nuevo Teólogo" (949-1022) fue abad del Monasterio de San Mamas de Constantinopla, y es probablemente el más importante autor místico bizantino.

1. ¿Que cómo tienes que hacer la oración? "Retírate a un lugar solitario, ponte cómodamente en un rincón, cierra la puerta, recoge tu mente apartándola de todas las cosas temporales y vanas, inclina la cabeza, cierra los ojos, respira apaciblemente y procura concentrarte en lo interior de tu corazón... Murmura mientras respiras repitiendo incansablemente una y otra vez: "¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!". Hazlo con mucha atención y mantente así inalterable. Al principio encon-

trarás dificultad y dureza, pero después, si perseveras con constancia día y noche, hallarás en esto una inesperada felicidad... La mente así ejercitada encontrará gran claridad, sublimes pensamientos y juicios. Los malos pensamientos serán aniquilados o expulsados con el nombre de Jesús mientras repite: "Señor Jesucristo, ¡ten piedad de mí!". De este modo la mente humana comenzará a sentir aversión y odio contra el demonio al que combatirá sin tregua ni cuartel, se levantará contra él con auténtica y verdadera ira, le echará fuera, le azotará y lo aniquilará. Lo demás, lo que luego suceda, lo sabrás más adelante tú mismo por propia experiencia y con la ayuda de Dios..." (La Filocalia o Relatos del Peregrino Ruso).

2. Tú has herido mi alma, ¡oh, Amor!, y mi corazón no puede soportar tus llamas. Avanzo cantándote, ¡oh, Amor! El que no te conoce no puede gozar de la suavidad de tus beneficios, que sólo se pueden conocer por la experiencia vivida. Pero el que te ha conocido o ha sido conocido por ti no puede tener duda alguna. Señor, tú eres la realización de la ley; pues tú que me llenas, me reanimas, tú que inflamas y abrasas mi corazón con una inmensa caridad. Tú eres el Maestro de los profetas, el elector de los apóstoles, la fuerza de los mártires, la inspiración de los padres y doctores y la perfección de todos los santos. Y Me preparas a mí mismo, Amor, para el verdadero servicio de Dios (Homilía LIII, 2, ed. rusa del monte Athos, II, 7).

SAN PEDRO DAMIANO, Dr. (m. 1072)

Nació en el año 1007, se convierte y abraza la vida monástica en el 1035, y es cardenal arzobispo de Ostia en el año 1057. Es el alma de la reforma de la Iglesia, con Hildebrando, y muere en el 1072.

Debemos acudir con gran fervor a la protección de María, porque Ella es nuestra Mediadora con Dios.

Grandeza de María.—¿Quién más grande que la Virgen María, que encerró en sus entrañas la incomprensible grandeza de Dios? Contemplad los serafines; subid con atrevido vuelo por encima de esta naturaleza tan elevada, y veréis por debajo de la Virgen todo lo que existe; una sola cosa sobrepuja a esta Obra de Dios: sólo su Hacedor...

Madre de Dios, ayúdanos.—Santa Virgen, Madre de Dios, socorre a los que imploran tu auxilio. Vuelve tus ojos hacia nosotros. Pues tú sólo buscas la ocasión de salvar a todos los miserables, y derramar sobre ellos tu misericordia, porque tu gloria es mayor cuando por tu intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el cielo. Ayúdanos, pues, a fin de que podamos verte en el Paraíso, ya que la mayor gloria a la que podemos aspirar consiste en verte después de Dios, en amarte y en estar bajo tu protección. Oyenos, Señora, ya que tu Hijo quiere honrarte concediéndote todo cuanto le pidas. (Cit. P. Melús.)

SAN BRUNO CARTUJANO (m. 1101)

San Bruno, adalid de la gran reforma propugnada por Gregorio VII, condena la corrupción en la que "los hombres viven como si no existiera la muerte y el infierno fuera una fábula", levanta su voz contra los obispos y maestros corruptores, hasta que al fin, asqueado del mundo, acompañado de seis compañeros se retira al desierto, donde funda la Cartuja, Orden esencialmente contemplativa, consagrada exclusivamente a la oración, el trabajo y la penitencia.

1. Decimos propiamente que oramos cuando rogamos (a Dios) para conseguir algo; y que deprecamos cuando con nuestra oración queremos alejar algún inconveniente (*In Salm. 54*).

En todo género de oraciones prevalece la celebración de la Misa *(In I Tm. c. 2)*.

2. *Beati qui scrutantur testimonia eius: in todo corde exquirunt eum:* buscan a Dios vacando a la contemplación con toda su alma aquellos que, dejando tras de sí toda preocupación por los bienes de este mundo, no tienen otra aspiración que contemplar a Dios, buscarle y amarle con todo el afecto de su corazón, penetrando en los arcanos divinos...

3. *Et benedicam nomini tuo in sæculum et in sæculum sæculi:* Te alabaré contemplando tu nombre, Señor, te bendeciré eternamente con esta alabanza de la vida contemplativa que durará en este siglo y en el futuro, según la frase del Evangelio: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada". La vida activa, en cambio, sólo permanecerá en este mundo...

4. *In meditatione mea exardescet ignis:* En mi meditación, el amor que yo tenía ya, ha comenzado a crecer más y más, como una llama que se enciende...

5. Oh justos, llenaos de alegría cantando a Dios, alabándole en la contemplación. Dedicaos a la vida contemplativa que consiste en vacar a la oración y meditación de los misterios divinos, olvidando todo lo eterno...

6. *Iubilate Deo...* Alabad a Dios con un júbilo interior del alma, que ni la lengua ni la pluma son capaces de explicar plenamente, es decir, alabadle con intensa devoción. (Comentario de los Salmos. San Bruno, primer cartujo. Burgos, 1974.)

SAN ANSELMO (m. 1109)

San Anselmo nació hacia el 1033 y en el año 1060 entró en la abadía de Bec en Normandía. En el año 1078 fue nombrado abad del monasterio, y en 1093 fue consagrado obispo de Cantorbery, donde tuvo que sostener grandes luchas con el poder civil. Profesó una tierna devoción a la Santísima Virgen y compuso preciosas oraciones y meditaciones de singular afecto y encendida devoción.

1. Acuérdate, infeliz, que vas caminando entre los lazos del demonio, los cuales yacen por todas partes debajo de tus pies; despierta temiendo que tu sueño te precipite en la sombra de una funesta muerte. Desengáñate de la ilusión de una larga vida sobre la tierra, no sea que ese error te mantenga en estado de culpa y te tenga por más tiempo encenagado en los hábitos perniciosos. Ruega sin cesar a Jesucristo tu Salvador que haga que todas las aflicciones de tu corazón lleven los frutos de una tierra excelente, y que toda tu vida sea como una fecunda vid, cuyo fruto merezca ser ofrecido a Dios y que le reciba su Divina Majestad con complacencia. *(Exhortad ad contemptum temporalium).*

2. Orad con inconstantes lágrimas; orad continuamente y en todo tiempo; aplicaos a menudo a la oración; rogad a Dios de día y de noche; sea vuestra oración frecuente y orad con continuación; gemid como la paloma: levantaos de noche a orar y pasadla algunas veces toda en este santo ejercicio; multiplicad las vigilias para hablar con Dios: no os interrumpa el sueño por mucho tiempo esta sagrada conversación, y tomando un breve reposo, volved a orar. (Ibíd.)

3. Implorad en todas vuestras acciones el auxilio de Dios: atribuid todo *lo bueno* a la gracia y a la liberalidad de Dios y nada a vuestros propios méritos: evitad la presunción y no contéis con vuestra frágil virtud. (Ibíd.)

4. Rogad a Dios de día y de noche, sin dejar correr vuestra vista por diferentes objetos y sin conceder cosa alguna a la curiosidad de los ojos. (Ibíd.)

5. Meditad con el más suave sentimiento y con la dilatación de un corazón humilde y penetrado de Dios; considerad la nobleza y la excelencia que el Señor os dio desde el instante de la creación y pensad bien con qué amor y con qué profundo respeto le debéis adorar (1.ª Medit.)

Os exhorto, hermanos, a considerar atentamente con qué sentimientos de temor debe ofrecerse el sacrificio de la oración (Carta 79 a Adelida).

6. *El deseo de contemplar a Dios.*—Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes

trabajosas. Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte a buscarle, y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de El. Di, pues, alma mía, di a Dios: *"Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro"*.

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte; dónde y cómo encontrarte.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Cierto es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor Dios mío; no conozco tu rostro.

¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en deseo de encontrarte e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te reconozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscándote te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré. (Prologion I.)

7. *Grandeza de María.*—¡Oh, maravilla! ¡A qué altura tan sublime contemplo a María! ¡Nada hay igual a María; nadie es mayor que Ella, sino sólo Dios! Dios ha dado a María su mismo Hijo; de María se ha hecho Hijo el mismo Hijo de Dios.

Toda la naturaleza ha sido creada por Dios, y Dios ha nacido de María, Dios que ha hecho todas las cosas se ha hecho a sí mismo Hijo de María... Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho; y María ha tenido a Aquel por quien todo ha sido salvado...

¡Oh, mujer admirable, única por la que han sido renovados los elementos, pisoteados los demonios, salvados los hombres y reemplazados los ángeles malos!...

Por vuestra fecundidad, oh, Señora, el mundo pecador ha sido justificado; estaba condenado y ha sido salvado; estaba exiliado, y ha vuelto a la patria. Vuestro alumbramiento, oh, Señora, ha rescatado al mundo cautivo; ha curado al mundo enfermo, y ha resucitado al mundo muerto...

¡Oh, Señora! Haz que el grito de mis necesidades te siga por doquiera, que tus miradas de bondad, mientras yo viva, me acompañen, haz que la alegría que experimento de tu bienaventuranza permanezca siempre en mí y que tu compasión por mi miseria me siga por doquiera siempre que lo necesite.

8. *La salvación está en María.*—¡Oh, Virgen bienaventurada! Así como es necesario que todo el que se aparta de ti, o es despreciado por ti, que se pierda; de igual modo, todo el que se acerca a ti, o es mirado por ti con ojo favorable, es imposible que perezca...

¡Oh, feliz confianza! ¡Oh, seguro refugio! La Madre de Aquel en quien únicamente esperamos y al que únicamente tememos, es también nuestra Madre! ¡La Madre de Aquel, digo, que es el único que salva o condena, es nuestra Madre!

¡Oh, Jesús!, Hijo bueno, yo te pido, por el amor con que Tú amas a tu Madre, que, como Tú la amas y quieres que con verdad sea amada, me concedas a mí que yo también verdaderamente la ame.

¡Oh, buena Madre!, te ruego que, por el amor con que amas a tu Hijo, como Tú sabes amar y quieres que sea amado, me alcances que yo verdaderamente le ame...

¡Oh, Señor, Hijo de mi Señora; oh, Madre de mi Señor!, si yo no soy digno de entregarme a la felicidad de vuestro amor, vosotros al menos sí sois dignos de ser amados con infinito amor. ¡Oh, benignísimos!, no me rehuséis aquello de que yo me declaro indigno, a fin de no quitaros a vosotros mismos aquello de que sois tan dignos...

¡Oh, Virgen Santísima! Pues si no se pueden contar los que habiéndoos invocado se han salvado, ¿cómo yo que tan ardientemente os invoco voy a ser defraudado en mis esperanzas? (Cit. P. Melús.)

BEATO ENRIQUE SUSON (m. 1133)

Este santo es uno de los grandes místicos dominicos del siglo XII. Los textos que recogemos los copiamos del P. Arintero "Cuestiones Místicas".

1. Recomienda a los religiosos, ante todo, la oración pública del coro, y luego que "pasen buenos ratos con Dios en oración privada" después de maitines y completas *(Grand Livre des Lettres, II Lett., L, Oeuvre Mystique de Henri Suso, ed del R. P. Benoit Lavand, 1943-44, p. 22.23. Le Libret des Letres, VII, Lett, Ibíd., p. 135).*

Recomienda mucho ocuparse asiduamente en la Pasión de Jesús, elevarse con santas meditaciones, conversar siempre en nuestro corazón con Dios. El más alto fin de la oración es la unión inmediata con Dios, en contemplación pura, amor ardiente y dulce gozo, olvidados de sí mismos y de todas las cosas *(Grand Livre des Lettres, II, VIII, XI, XXIV).*

2. No basta consagrarme una parte del día (a la oración); quien quiera sentir a Dios interiormente, quien quiera oír sus palabras secretas y experimentar sus atractivos misteriosos, debe permanecer en un continuo recogimiento. ¿Por qué has de dejar que tus ojos y tu corazón anden vagueando inconsiderablemente, cuando le tienes a El tan cerca de ti? ¿Qué puedes

buscar fuera cuando tienes dentro de ti el reino de los cielos? *(La Eter. Sab. c. 9).*

3. Hay que buscar al Espíritu divino en lo más profundo de nuestro ser, en lo más íntimo de nuestra alma y hablarle de espíritu a espíritu, de corazón a corazón... Dios comprende la palabra del corazón y oye el lenguaje del alma *(Serm. 2).*

4. Escucha, pues, en pocas palabras, la regla de una vida pura y perfecta: Mantente (cuanto puedas) apartado de los hombres y libre de recuerdos e imágenes de cosas pasajeras; guárdate de todo lo que pueda turbar tu corazón, ganar tu afecto o inquietarte con los cuidados del mundo, y levanta en todo tiempo tu espíritu a una secreta contemplación en que Dios sea el único objeto de todos tus pensamientos. A este fin ordena todos los demás ejercicios espirituales, las vigilias, ayunos, austeridades, etc., no practicándolos sino en cuanto a eso te ayuden. Así es como llegarás a la cumbre de la perfección, a donde apenas llega uno entre millares, porque la mayor parte de los cristianos se figuran que todo consiste en las prácticas exteriores. Y así es como se agitan años y años sin realizar ningún progreso, permaneciendo siempre lo mismo, siempre alejados de la verdadera perfección *(La Eter. Sab. c. 22).*

Hay muchos que sólo por ser útiles a los demás viven tan ocupados en cosas exteriores, que apenas les queda un momento libre para su reposo. Estos sigan mi consejo: tan pronto como en medio de sus trabajos tengan una hora libre, váyanse inmediatamente a Dios, entréguense por completo y escóndanse en su corazón; y en estos momentos procuren redimir con su celo y fervor todos los años perdidos en la vida de los sentidos o disipados en los negocios. Diríjanse a Dios, no con palabras estudiadas, sino desde lo íntimo de su alma y con toda la energía de su corazón, hablándole de espíritu a espíritu, para adorarle, como el Señor manda, *en espíritu y verdad.* (Disc. spir. 2.)

BEATO HUGO DE SAN VICTOR (m. 1141)

Entró en el monasterio de San Víctor a los dieciocho años, y en 1133 fue encargado de

dirigir los estudios del monasterio. Enseñó en él con gran éxito a los monjes, se relacionó con San Bernardo y compuso libros importantes sobre la oración: De meditando, De modo orandi, De vanitate mundi, De arca Noe morali, De arca Noe mística *etcétera, etcétera.*

1. En la oración hablamos a Cristo sobre nosotros para que El hable al Padre a favor nuestro, porque es gran Pontífice: Pontífice, pues ofrece a Dios los deseos del pueblo, y grande por su divinidad, porque es el Hijo de Dios, y por su humanidad, porque penetra los cielos. *Acerquémonos, pues, con confianza al trono de su gracia* (Heb. 4, 16), es decir, a aquél en el que reina la gracia. Acérquemonos con confianza porque tiene por oficio el interceder por nosotros, porque ha sido constituido sacerdote, y a la vez tiene el mérito de obtener lo que pide, ya que es justo. Y El se compadecerá de nosotros con agrado, ya que El también está revestido de flaquezas por causa nuestra. No se constituyó sacerdote El mismo, sino que fue constituido por Dios, el cual lo glorificó y dijo de El: *Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy* (Heb. 5, 2). Cuando esto fue dicho sobre Cristo en el bautismo, entonces fue como la elección para el sacerdocio. Cuando fue dicho en el monte, entonces fue ordenado sacerdote revestido con la vestidura de gloria. Después, en la tercera voz que se oyó venida del cielo que decía: *Te glorifiqué y aún te glorificaré* (Jn. 12, 28), fue aprobado y confirmado en su dignidad; lo mismo que Aarón fue aprobado y confirmado por Dios después de su ordenación porque había algunos envidiosos de su sacerdocio. En el monte recibió la vestidura de gloria para la ordenación, y en la resurrección se la puso para ofrecer súplicas a Dios en favor nuestro. (La Palabra de Dios, 5; en SCh. 155, 76-78.)

2. El Señor nos enseñó a rezar para que todo nuestro bien venga de El y para que comprendamos que lo que recibimos como fruto de la oración es regalo y no mérito nuestro.

La primera petición del Padre Nuestro —*"Santificado sea tu nombre"*— va contra la soberbia. Pues le pedimos que nos con-

ceda temer y venerar su nombre, a fin de serle sumisos por la humildad, puesto que por la soberbia fuimos rebeldes y contumaces. A esta petición corresponde el don del Espíritu del temor del Señor, de modo que viniendo al corazón el Espíritu crece en él la virtud de la humildad para que cure la enfermedad de la soberbia; así, el hombre humilde podrá llegar al Reino de los Cielos, que el ángel soberbio perdió por su orgullo (Cfr. Mt., 5, 3).

La segunda petición —*"venga tu Reino"*— es contra la envidia. Pues el Reino de Dios es la salvación de los hombres, pues se dice que Dios reina en los hombres cuando los hombres se someten a Dios, adhiriéndose a El ahora por la fe y después por la visión. El que pide que venga el Reino de Dios desea la salvación de los hombres y al pedir por la salvación de todos, demuestra que reprueba el vicio de la envidia. A esta petición se le concede el espíritu de piedad, para que viniendo al corazón, lo encienda en benignidad, y así el hombre llegará a la posesión de la herencia eterna, a la que desea que vengan también los demás (Mt., 5, 4).

3. La tercera petición —*"hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"*— es contra la ira. Pues el que dice *"hágase tu voluntad"* no quiere peleas, sino que indica que le agrada lo que en sí mismo o en otros determina la voluntad de Dios, según su libre decisión. A esta petición se le da el espíritu de ciencia, para que viniendo al corazón le enseñe y le conceda una compunción saludable, para que aprenda el hombre que el mal que padece proviene de su culpa y el bien que pueda tener proviene de la misericordia de Dios y así se acostumbre a no airarse contra su Creador tanto si padece males como si carece de bienes y a mostrar paciencia en todo. Por tanto, por la compunción del corazón, que nace interiormente de la humildad, por la acción del espíritu de ciencia, se mitiga la ira y la cólera del alma. Por el contrario, "la ira mató al tonto" (Job. 5, 2), cuando agitado y ciego por el vicio de la impaciencia en las adversidades, no reconoce que mereció el mal que padece o que el bien que tiene lo ha recibido por pura gracia. Esta virtud, la compunción o el dolor, es recompensada por el consuelo, y así el que aquí se aflige con lamentos espontáneamente ante Dios, allí merecerá encontrar el gozo y la alegría verdaderos (Mt., 5, 5).

4. La cuarta petición —*"danos hoy nuestro pan de cada día"*— es contra la tristeza. La tristeza es el tedio del ánimo con disgusto, cuando el alma, como melancólica y amargada por sus vicios, no tiene apetencia de los bienes interiores y, sin vigor alguno, no se alegra con el más mínimo deseo de alimento espiritual. Por eso para curar este vicio nos conviene invocar la misericordia de Dios, para que El con su acostumbrada piedad conceda al alma inapetente por su tedio el alimento del sustento interior y así comience a amar, movida por el gusto de lo presente, lo que, estando ausente no sabe apetecer. A esta petición se le da el espíritu de fortaleza, para que levante al alma fatigada y así ella, recuperada la virtud de su anterior vigor, podrá convalecer del defecto de su tristeza y desear el sabor de las cosas interiores. El espíritu de fortaleza crea en el corazón hambre de justicia, y así, mientras se enciende fuertemente por el deseo de piedad, allí conseguirá como premio la saciedad plena de la felicidad (cfr. Mt. 5, 6).

5. La quinta petición —*"perdona nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores"*—, es contra la avaricia. Es natural que quien no quiere ser avaro en exigir, no esté inquieto por recuperar lo que le deben. Y por eso, cuando por gracia de Dios se nos ha quitado el vicio de la avaricia, la condición puesta para nuestra salvación nos enseña cómo debemos ser absueltos de nuestras deudas. A esta petición se le da el espíritu de consejo, para que nos enseñe a ejercitar de buen corazón en este mundo la misericordia con los que nos ofenden, y así en el mundo futuro, cuando tengamos que dar cuenta de nuestros pecados, merezcamos encontrar misericordia (cfr. Mt. 5, 7).

6. La sexta petición —*"no nos dejes caer en la tentación"*— es contra la gula. Esta tentación es por la que el halago de la carne trata de arrastrarnos muchas veces al exceso por el apetito natural y mientras nos convence con el pretexto de la necesidad, ocultamente nos somete al placer. Nunca caeremos en esa tentación si procuramos satisfacer a la naturaleza según la medida de la necesidad, acordándonos siempre de mantener el apetito lejos del halago del placer. Para poder cumplir esto, a los que rezamos esta petición se nos da el espíritu de inteligencia, para

que el alimento interior de la Palabra de Dios reprima el apetito externo, y el alma, robustecida por el alimento espiritual, no se deje ni abatir por el hambre corporal ni vencer por el placer carnal. Por eso el Señor mismo, cuando el tentador le sugería alimentar su hambre con pan exterior, el dijo: *"No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt. 4, 5). Con esto mostraba claramente que cuando el alma se alimenta de aquel pan interior, no se preocupa demasiado si pasa hambre corporal durante algún tiempo. Contra la gula se da el espíritu de inteligencia, que viniendo al corazón lo limpia y purifica y, sanando el ojo interior con el conocimiento de la Palabra de Dios como si fuera un colirio, lo hace tan luminoso y claro que es capaz de contemplar la misma claridad de la divinidad. Por tanto, contra el vicio de la gula se opone el remedio del espíritu de inteligencia, y del espíritu de inteligencia nace la limpieza de corazón; y la limpieza de corazón merece la visión de Dios, como está escrito: *"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios"* (Mt. 5, 8).

7. La séptima petición *—líbranos del mal"—* es contra la lujuria. Es normal que el esclavo pida libertad. Así a esta petición se le da el espíritu de sabiduría, que restituya al cautivo la libertad perdida y pueda evadirse del yugo de la injusta dominación, que por sus fuerzas él no podía, pero sí ayudado por la gracia. Porque sabiduría viene de sabor. Cuando el alma, tocada por el gusto de la dulzura interior, concentra sus deseos totalmente hacia adentro y no se dispersa hacia fuera relajadamente en el placer de la carne, porque posee interiormente todo aquello en lo que puede deleitarse. Con toda razón al placer exterior se opone la dulzura interior y cuanto más se comienza a gustar y saborear ésta, más libre y voluntariamente se desprecia aquél, y finalmente el alma, pacificada en sí misma, como no apetece nada de fuera, descansa toda entera interiormente por el amor. Por tanto, el espíritu de sabiduría tocando con su dulzura el corazón atempera el ardor de la concupiscencia externa y, una vez adormecida la concupiscencia, crea la paz interna y así el alma entera se recoge en el gozo interior, hasta que el hombre plena y perfectamente sea recreado a la imagen de Dios, como está escrito:

"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos se llamarán hijos de Dios" (Mt. 5, 9). (Los cinco septenarios, III; SChr. 155, 110-118.)

GUILLERMO DE SANT-THIERRY (m. 1148)

Destacada personalidad del siglo XII, nace en Lieja, hacia 1070, estudia en Reims y Laon con San Anselmo. Abandona el siglo haciéndose monje en la abadía benedictina de Sant-Nicase en Reims. De ella se traslada a Saint-Thierry. En 1121 es elegido abad, cargo que desempeñó hasta 1135, momento en que decide ingresar en la entonces nueva y pujante Orden Cisterciense. Muere en 1148 y en 1215 sus restos fueron exhumados y colocados en el oratorio de Signy; para entonces esto equivalía a la beatificación.

1. Si el amor de Dios es engendrado en el hombre por la gracia, la lectura espiritual lo cría, la meditación lo nutre y la oración lo vigoriza e ilumina.

Para que el principiante y neófito de Cristo vaya ejercitando su vida interior, lo mejor y más seguro es proponerle como lectura y meditación, los hechos externos del Redentor, haciéndole ver en ellos el ejemplo de humildad, el ardor de la caridad y la ternura de la piedad...

También se enseñará al novicio a levantar el corazón en la oración, y a orar espiritualmente... Pondérese con cuánta pureza de corazón debe dirigirse a El, a quien ofrenda el sacrificio de su corazón, y vigilarse a sí mismo, que es el oferente, y pensar en lo que ofrece. Cuanto más considere y conozca a Aquel a quien dirige su ofrenda, tanto más le amará y el mismo amor le dará, a su vez, mayor conocimiento; y tanto más sabor y complacencia encontrará en lo que ofrece siendo digno de Dios, cuanto más metido se halle en el amor.

2. Con todo, es mejor y más seguro proponer a los que hacen oración o meditación, la representación de la humanidad del Señor: su Nacimiento, Pasión y Resurrección, para que así el alma flaca todavía, que no sabe pensar si no es con imágenes materiales y corpóreas, tenga algo a qué aficionarse, algo que según el modo de su piedad se le quede bien grabado. Se verá así al Señor como mediador, y al contemplar el hombre bajo este aspecto, según se dice en el libro de Job, no pecará; es decir, que poniendo en El la mirada de su intención y percibiendo en Dios la forma humana, no se desviará nunca de la verdad y, ya que por la fe no separa a Dios del hombre, se habituará así a ver a Dios en el hombre.

3. Los pobres de espíritu, los hijos humildes de Dios, suelen hallar en la contemplación de estos misterios un efecto tanto más dulce cuanto más humano. Después, cuando la fe se trueque en amor, teniendo en su corazón el abrazo de dulce amor a Cristo Jesús, hombre porque asumió la naturaleza humana, y Dios porque siéndolo la asumió, empezarán a conocerle, si bien aún no plenamente según Dios, al menos no ya según la carne. Glorificándole en sus corazones, anhelan ofrendarle los votos que en sus labios florecen: plegarias, oraciones, súplicas, en congruencia de tiempo y motivo.

Diversas formas de oración

4. Hay unas oraciones breves y sencillas que la voluntad formula o la necesidad incidentalmente dicta; otras oraciones son más prolijas y razonadas, que, en ansia de la verdad, piden, buscan, llaman hasta recibir, encontrar y lograr que se les abra; otras son vívidas, espirituales y fecundas, en el afecto que goza, en la alegría de la gracia que fulgura. Aunque en otro orden, estas oraciones son las mismas que enumera el Apóstol: peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias.

La petición

5. La petición es la primera que ponemos: su fin es conseguir los bienes temporales y lo necesario para esta vida; en ella,

aprobando Dios la buena voluntad del que pide, hace, sin embargo, lo que juzga mejor, alentando de buen grado a seguir pidiendo al que sabe pedir, es la oración de la que dice el Salmista: *Incesantemente está mi oración en lo es de su agrado* (Sal. 140, 1)... Los que con confianza piden esto, aunque lo hagan al acoso de la necesidad, empero someten siempre su voluntad a la voluntad divina.

La súplica

6. La súplica, en los ejercicios espirituales, consiste en un ansia de acercarse a Dios. En estos ejercicios, antes del socorro de la gracia, todo lo que la ciencia puede aportar no es más que dolor.

La oración

7. La oración es una amorosa adhesión del hombre a Dios; una conversación familiar y piadosa, una estación del espíritu iluminado para gozar durante el tiempo que sea posible.

La acción de gracias

8. La acción de gracias consiste en el conocimiento de la gracia divina, junto con una voluntad en tensión hacia Dios, a pesar de que alguna vez falte o se detenga la acción exterior o el afecto interior...

Normas para cada forma de oración

9. La oración de petición debe hacerse con piedad y confianza, sin apegarse a ella pertinazmente, porque nosotros no lo sabemos, pero nuestro Padre que está en los cielos bien sabe lo que necesitamos...

10. En la súplica se ha de insistir, bien que con humildad y paciencia, porque el fruto no viene sino con la paciencia.

A veces la gracia tarda en venir, el cielo se hace de bronce y la tierra de hierro. Cuando, por no merecer ser oída, queda el alma abandonada a la dureza de su corazón, el ansia de ser atendida le hace juzgar ya como negado lo que solamente se ha diferido. Como la Cananea que lamentaba ser desechada y despreciada, al igual que un perrito inmundo, porque creía que la causa de su desprecio eran sus pecados pasados. Alguna vez, no sin fatiga, el que pide, recibe; el que busca, halla; al que llama, se le abre. Entonces el esfuerzo de la súplica logra al fin encontrar el consuelo y la suavidad de la oración.

11. También alguna vez ocurre que no encuentra ese afecto de oración pura y esa suavidad dulce, sino que parece viene al encuentro de uno; la gracia se adelanta al que ni pide, ni busca, ni llama y casi ni conoce. Y como se admite al siervo a la mesa de los hijos, así el espíritu, rudo aún y principiante, es admitido a aquel sentimiento de la oración que suele concederse a los méritos de los perfectos, como galardón a su santidad. Lo cual, cuando ocurre, es o para hacer saber al negligente que no debe ignorar lo que descuida, o para que el fuego de la caridad encienda en él un amor de gracia en ofrenda más ardorosa.

12. En lo cual, por desgracia, yerran muchos porque, comiendo el pan de los hijos ya se juzgan verdaderos hijos... Son alimentados por Dios Padre con lo más sabroso de la gracia, para que aspiren a ser hijos verdaderos; mas ellos, abusando de la verdadera gracia, se convierten en enemigos... (Carta de Oro, c. 5.)

SAN BERNARDO, Dr. (m. 1153)

San Bernardo, el "Doctor Melifluo y el último de los Padres, mas no inferior a ellos", según palabras de Pío XII, hijo de una familia de santos, a los 25 años es nombrado fundador y abad de Clarabal, reforma la Orden del Císter y funda numerosos monasterios, siendo casi un millar los monjes que se consa-

graron a Dios bajo sus manos. Pero su influencia trasciende al Císter y llega a toda la Iglesia corrigiendo a reyes, emperadores y hasta incluso al Papa. Mas la posteridad lo conocerá principalmente como el gran amante de Nuestra Señora, a la que amaba con ternísimo afecto y a la que le compuso singulares y devotos libros.

Fragmentos de la carta de San Bernardo al Papa Eugenio en la que le suplica no se deje absorber totalmente por las ocupaciones de tal modo que vaya a descuidar la oración.

1. Tengo miedo, te lo confieso, de que en medio de tus ocupaciones, que son tantas, por no poder esperar que lleguen nunca a su fin, acabes por endurecerte tú mismo y lentamente pierdas la sensibilidad de un dolor tan justificado y saludable.

Sustráete de las ocupaciones al menos algún tiempo. Cualquier cosa menos permitirte que te arrastren y te lleven a donde tú no quieras. ¿Quieres saber a dónde? A la dureza del corazón...

¡Hasta este extremo pueden llevarte esas malditas ocupaciones si, tal como empezaste, siguen absorbiéndote por entero sin reservarte nada para ti mismo! Pierdes el tiempo; y si me permites que sea para ti otro Jetró, te diría que te agotas en un trabajo insensato, con unas ocupaciones que no son sino tormento del espíritu, enervamiento del alma y pérdida de la gracia. El fruto de tantos afanes, ¿no se reducirá a puras telas de araña?

Yo te preguntaría: ¿Qué es eso de estar desde la mañana hasta la noche presidiendo juicios y escuchando a litigantes?... Un día le pasa a otro sus pleitos y la noche lega a la noche su maldad; y sin respiro alguno no sacas un momento para orar... Gran virtud, por cierto, la paciencia. Pero en este caso no me gustaría que la tuvieras tú. Hay ocasiones en que es preferible saber impacientarse. No consiste la paciencia en consentir que te degraden hasta la esclavitud, cuando puedes mantenerte libre. Y no quisiera que pasara inadvertida para ti esa servidumbre en la que día a día te estás hundiendo sin darte cuenta. ¿Puede

haber algo más servil o indigno de un Sumo Pontífice como desvivirse por estos negocios, no digo ya cada día, sino en todo momento? Así, ¿qué tiempo puede quedarnos para orar?

Me dirás: ¿Qué puedo hacer? —Abstenerte de tantas ocupaciones.

Escucha mi reprensión y mis consejos: Si toda tu vida y tu saber lo dedicas a las actividades y no te reservas nada de tiempo para la oración y consideración, acaso, ¿podría felicitarte? —No; por eso no te felicito...

Si tienes ilusión en ser *todo para todos*, imitando al que se hizo "todo para todos" (1 Cor. 9, 22), alabo tu bondad, a condición de que sea plena. Pero, ¿cómo puede ser plena esa bondad si te excluyes de ella a ti mismo? Tú también eres un ser humano. Luego, para que sea total y plena tu bondad, su seno, que abarca a todos los hombres, debe acogerte también a ti. De lo contrario, ¿de qué te sirve —de acuerdo con la palabra del Señor— ganarlos a todos si te pierdes a ti mismo? (Consideratione ad Eugenium Papam).

2. Es normal que me desvele y me inquiete por vosotros, al veros en tanta miseria y envueltos en tantos peligros. Nosotros mismos, como sabemos, llevamos la trampa. Doquier vayamos, llevamos con nosotros a nuestro propio enemigo, nuestro propio cuerpo: la carne, nacida y nutrida en el pecado; demasiado corrompida en su origen y mucho más viciada por las malas costumbres. Por eso lucha tan cruelmente contra el espíritu; murmura con tanta frecuencia y no soporta la disciplina; sugiere lo malo y no se somete a la razón ni le asusta temor alguno.

A ella se le une y ayuda la astucia de la serpiente, y se sirve de ella para atacarnos. Su deseo, su empeño y su propósito es la perdición de las almas. Trama continuamente la maldad, instiga los deseos de la carne, alimenta el fuego de la concupiscencia con sugestiones ponzoñosas, inflama los movimientos ilícitos, prepara las ocasiones de pecar y no cesa de tentar el corazón del hombre...

Pero, ¿qué aprovecha indicar los peligros, si no se da un consuelo ni se expone un remedio? Vivimos en gran peligro en una lucha sin cuartel contra nuestro huésped. Con el agravante de

que nosotros somos peregrinos y él ciudadano. El está en su patria, mientras nosotros somos desterrados y peregrinos. Tenemos con él una gran desventaja. ¿Quiénes somos nosotros y con qué fortaleza contamos para poder resistir a tantas tentaciones? Pero esto es precisamente lo que pretende el Señor, que al palpar así nuestra flaqueza nos demos cuenta de nuestra incapacidad, y acudamos con toda humildad a su misericordia, convencidos que no tenemos otro auxilio que nos pueda valer. Por eso os pido, hermanos, que tengáis siempre a mano el refugio inexpugnable de la oración...

3. Fuerte es el poder del infierno, pero la oración es más fuerte que todos los demonios. En la dulce quietud de la oración es donde se adquieren las fuerzas necesarias para hacer frente a los enemigos y practicar las virtudes...

Siempre que hablo de la oración, me parece oír en vuestro corazón ciertas palabras inspiradas en criterios humanos. Las he oído más de una vez y también yo las he experimentado alguna vez en mi corazón. ¿Cómo se explica que aunque no dejemos de orar no notamos el fruto de la oración? Como entramos, así salimos. Nadie nos responde, nadie nos da nada, parece que trabajamos en balde. Sin embargo, ¿qué nos dice la fe? "*Cualquier cosa que pidáis en vuestra oración, creed que os la han concedido, y la obtendréis*" (Mc. 11, 24).

4. Hermanos, no despreciéis vuestra oración, pues, os digo de verdad que no la tiene en poco Aquel a quien se hace. Antes de que salga de vuestra boca, la manda escribir en su libro. Y una de dos cosas podemos esperar sin ningún género de duda: que nos dará lo que le pedimos, u otra gracia mejor si El la cree más conveniente... La oración nunca es infructuosa. (Serm. 5.)

5. Cuando vayas a hacer oración, debes pensar como el profeta cuando decía: "*Voy a entrar en el maravilloso tabernáculo y en la casa de Dios*" (Sal. 41, 5). Realmente, durante la oración nos conviene entrar en la corte celeste, esa corte en la que *el Rey de los reyes está sentado en un trono de estrellas*, rodeado de la multitud inefable e incontable de los espíritus bienaventurados, de los que habla Daniel, diciendo: *Miles y miles le servían, y miríadas de miríadas estaban a sus órdenes* (Dan. 7, 10).

6. ¿Con qué reverencia, temor y humildad no deberá acercarse, pues, este pobre renacuajo que sale a rastras de su charca? ¿Con qué actitud de temblor, súplica y humildad, y con qué cuidado y atención de todo su ser no se presentará este miserable hombrecillo ante la majestad gloriosa, en presencia de los ángeles y en medio de la asamblea y compañía de los santos?

Todas las acciones nos exigen gran atención; pero sobre todo la oración. Como nos dice nuestra Regla, en todo momento y lugar nos mira el Señor, pero muy particularmente en la oración. Es cierto que siempre estamos bajo su mirada; pero en ese momento nos presentamos y acercamos nosotros mismos para hablar directamente con Dios...

7. Así, pues, el que ora, ore como si hubiese sido elevado y puesto en presencia del que está sentado en un trono glorioso rodeado de ángeles fieles, y por encima de los hombres, esos desvalidos que ha levantado del polvo y esos pobres que ha alzado de la basura. Véase así, repito, y convencido que está ante el Señor de la majestad, diga con Abrahán: "*Aunque soy polvo y ceniza, osaré hablar a mi Señor*" (Gen., 18, 27). Y me atrevo a ello, Señor, fuente de misericordia, porque me lo mandas con tus preceptos y me lo enseña tu palabra. (Serm. 25.)

8. En este aspecto, creo que se requieren tres condiciones que deben impregnar profundamente la atención del que ora: qué pide, a quién se lo pide y quién lo pide.

A los que oren así, dice el Señor por Isaías: *Antes que me llamen, Yo les responderé; aún estará hablando y ya les habré escuchado* (Is., 65, 24).

El que pide debe tener en cuenta estos dos aspectos de Dios: su bondad y su majestad. Por su bondad quiere dar gratuitamente, y por su majestad puede conceder cuanto se le pida. Y tampoco debe olvidar estas dos cosas: esté convencido que no recibirá nada por sus propios méritos, y confíe recibir de la misericordia divina todo cuanto pide. Cuando se dan todas estas condiciones, tal como las hemos explicado, entonces se puede hablar de un corazón puro, y quien ora con esta pureza e intención de corazón, crea que será escuchado. Lo atestigua el apóstol Pedro: *Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente* (Hech. 10, 34-35). (Serm. 107.)

9. *Todo pensamiento bueno procede de Dios. El consentimiento y la obra también, pero se dan sin nosotros.*

Estas palabras no son mías, sino del Apóstol (2 Cor., 3, 5), que atribuía a Dios y no a su libre albedrío todos los pensamientos, deseos y obras buenas. Por consiguiente, si es Dios quien realiza en nosotros estas tres cosas, esto es, quien nos hace pensar, desear y obrar el bien, es evidente que lo primero lo hace sin nosotros, lo segundo con nosotros y lo tercero por nosotros.

Se anticipa a nosotros inspirándonos un buen pensamiento. Nos une a El por el consentimiento, cambiando incluso nuestros malos deseos. Y se convierte en el artífice interior de la obra que nosotros hacemos externamente, dándonos la facultad y facilidad de dar el consentimiento.

Nosotros no podemos anticiparnos a nosotros mismos. Por lo tanto, Dios, ante quien nada es bueno, a nadie puede salvar si El no se anticipa con la gracia. El comienzo de nuestra salvación, sin duda alguna, viene de Dios. Y no por nosotros ni con nosotros. El consentimiento y la realización tampoco proceden de nosotros, pero no se dan sin nosotros.

10. *Sin la buena voluntad no son posibles ni el consentimiento ni las obras.*

Por tanto, ni lo primero tiene mérito, porque no hacemos nada; ni tampoco lo último, pues muchas veces nos impulsa a ello un temor inútil o un disimulo reprensible. Sólo tiene méritos lo segundo. Muchas veces basta la buena voluntad. Y si ésta falta, todo lo demás es inútil. Repito que son inútiles, pero para quien las hace, no para quien las contempla. Según esto, de la intención nace el mérito. La acción sirve de ejemplo y el deseo que procede de ambas sólo sirve para excitarlas.

Guardémonos, pues, cuando sintamos todo esto dentro de nosotros, de atribuirlo a nuestra voluntad, que es muy débil. O de pensar que Dios está obligado a hacerlo, lo cual es absurdo. Sino sólo a su gracia, de la cual está lleno. Ella, la gracia, excita el libre albedrío con la semilla de los deseos; lo sana cambiando los sentimientos: le da vigor guiándolo mientras actúa, y sigue atendiéndole para que no desmaye. Colabora con el libre albedrío de la siguiente forma: Primeramente se anticipa a él, y después lo acom-

paña. Y se anticipa a él para que después pueda ser su colaborador. De este modo, lo que solamente comenzó la gracia, lo hacen después los dos. Avanza a la vez, no por separado. No uno antes y otros después, sino a un mismo tiempo. No hace una parte la gracia y otra el libre albedrío: cada uno lo hace todo en la misma y única obra. Los dos lo hacen todo. Todo se hace con el libre albedrío, y todo se hace por la gracia.

Creo haber complacido al lector, por no haberme apartado en nada de la doctrina del Apóstol, y en todos los puntos de mi expresión he usado sus mismas palabras. He expresado como él que *no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia* (Mr. 9, 16).

Con estas expresiones no pretendo afirmar que se puede querer o correr en vano, sino que quien desea algo y corre tras ello no debe glorificarse de sí mismo, sino de aquel de quien recibe el querer y el correr. Por eso, añade: *¿Qué tienes que no hayas recibido?* (1 Cor. 4, 7).

Quien creó al que debía salvar, da también los medios para que se salve... Y como todo lo va realizando en nosotros el Espíritu divino, todo lo bueno que hacemos son dones de Dios. Pero como se realiza con nuestro consentimiento, también son méritos nuestros...

Pero si no tienes nada de ti mismo, ¿cómo puedes pretender la salvación? —*Invocaré el nombre del Señor. Porque todos los que le invocan se salvarán* (Hech. 2. 21).

El mismo nos dice: *Sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que es poderoso para asegurar el encargo que me dio* (1 Tm. 1, 12). Y confiando en el que hizo la promesa, podemos reclamar con confianza lo prometido...

Resumiendo: la voluntad divina se convierte así en ayuda, y esta ayuda hace merecer el premio. Por lo tanto, si el querer viene de Dios, también el premio. No hay duda que es Dios quien actúa en el querer y en el obrar de la buena voluntad. Dios es, pues, el autor del mérito. El hace que la buena voluntad se entregue a la obra y descubre la obra buena da la misma voluntad... (La Grac. y lib. alb.)

11. Y ¿cómo conseguirlo? —*Me invocará y lo escucharé* (Sal. 90, 1). He aquí una clara alianza de paz, un pacto de piedad, un acuerdo de misericordia y compasión.

No dice: "Porque fue digno, porque fue justo, porque es hombre de manos inocentes y de puro corazón; por eso lo libraré, lo protegeré y lo escucharé". Si hablase así, ¿quién no desconfiaría? ¿Quién se atrevería a decir: "Tengo la conciencia pura"? ¡Oh, dulce ley, que establece el clamor de la oración como único mérito para ser escuchado! (Sm. 16).

12. Yo me siento manchado con tres clases de inmundicias: la concupiscencia de la carne, el deseo de la gloria terrena y el recuerdo de los pecados pasados. Me hallo combatido de los más diversos deseos y me siento incapaz de dominarlos con mis propias fuerzas mientras estoy en este mundo y en este cuerpo mortal. El único remedio para tantas miserias es la oración. *Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, así están nuestros ojos en el Señor Dios nuestro, esperando su misericordia* (Sal. 122, 2). El es el único purísimo que puede sacar pureza de lo impuro, y para eliminar las huellas del pecado tenemos el remedio de la confesión que todo lo purifica. Oración y confesión son las dos medicinas que limpian el corazón (Sm. 1 Fiesta de Todos los Santos).

12. *Quien sabe lo que debe hacer y no lo hace, está en pecado.* Por tanto, sabiendo que en la oración se nos da la buena voluntad, cuando sepas lo que debes hacer, haz oración para ser capaz de realizarlo: ora con empeño y perseverancia, como aquel que pasaba la noche orando a Dios, y el Padre dará el buen espíritu a los que se lo piden (Sm. 4 en la Ascensión del Señor).

SAN ELREDO DE RIEVAL (m. 1167)

San Elredo es una figura preponderante del siglo XII, uno de los principales autores cistercienses. Nació en Escocia y recibió su primera formación con los benedictinos de Durham. El rey de Escocia lo llevó a palacio y lo hizo su mayordomo real, pero sus ansias espirituales de Dios le hacen dejar el palacio y en 1134 se hace monje cisterciense en la aba-

día de Rieval. Pronto se destacó por sus cualidades y fue nombrado maestro de novicios y más tarde abad de Revesby hasta que sus hermanos de Rieval lo reclaman para abad de su monasterio, cargo que desempeñó hasta su muerte. Padre de cientos de monjes, influyente ante la corte, maestro y escritor de fama universal.

1. *Y una mujer por nombre Marta, lo recibió en su casa; tenía una hermana llamada María (Lc. 10, 38).*

Ved, hermanos. Si sólo María estuviera en aquella casa, no habría quien alimentara al Señor. Si sólo Marta, no habría quien se recreara con las palabras y presencia del Señor. Por tanto, hermanos, Marta significa aquella acción que el hombre realiza por Cristo. María, en cambio, aquel descanso que el hombre reposa de las obras corporales y se deleita en la dulzura de Dios, sea por la lectura, sea por la oración, sea por la contemplación.

Por consiguiente, hermanos, mientras Cristo es pobre y camina por la tierra, y tiene hambre y sed, y es tentado, resulta necesario que ambas mujeres estén en una misma casa, esto es, que ambas acciones coincidan en la misma alma.

Mientras nosotros, que somos sus miembros, estamos en la tierra, El mismo se halla en la tierra, y mientras aquellos que son sus miembros pasan hambre y sed, y son tentados, también Cristo padece hambre y sed y es tentado. Por tal razón El mismo dirá el día del Juicio: *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos pequeños, a Mí me lo hicisteis (Mt. 25, 40).*

Por consiguiente, hermanos, en esta miserable y trabajosa vida, es necesario que Marta se encuentre en nuestra casa, esto es, que nuestra alma se ocupe en tareas corporales. Mientras necesitamos comer y beber tanta necesidad tenemos de vigilias y ayunos y, con el trabajo corporal, domar la carne. Esta es la parte de Marta.

Debe también estar en nuestra alma María, es decir, la tarea espiritual. Pues no debemos ocuparnos siempre en ejercicios corporales sino, alguna vez, descansar y ver *cuán suave y bueno es el Señor*, sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra.

De ningún modo debéis abandonar a María por causa de Marta, ni tampoco a Marta por causa de María. Si abandonáis a Marta, ¿quién atenderá a Jesús? Si dejáis a María, ¿qué os aprovecha que Jesús entre en vuestra casa cuando no gustáis nada de su dulzura?...

2. Por eso, hermanos carísimos, hagamos solícitamente las cosas que son de Marta y, con todo temor y cuidado, ejercitémonos en las cosas que son de María, sin abandonar la parte de una por la parte de la otra. Ocurrirá alguna vez que Marta quiera tener a María en su trabajo, pero no se le ha de consentir: *Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el servicio? Dile que me ayude.* Es tentación.

Ved, hermanos, que, cuando en el tiempo en que debemos dedicarnos a lecturas (espirituales) y oraciones, el pensamiento nos sugiere que acudamos a éste o aquel trabajo, como si ello fuera necesario, es entonces como cuando Marta llama a María para que le ayude. Pero el Señor juzga bien y rectamente. No manda que Marta se siente con María ni que María se levante y sirva con Marta. Es mejor, y más dulce, y más suave la parte de María; sin embargo, no quiere que se deje la obra de Marta por ella. Más trabajadora es la parte de Marta, y, no obstante, no quiere que sea perturbado el descanso de María. Quiere, por consiguiente, que cada una haga su parte.

Hay quienes entienden que hay algunos hombres que tan sólo deben seguir en esta vida la parte de Marta y, algunos otros, dedicarse sólo a la parte de María. Sin duda yerran y no lo comprenden. Ambas mujeres se hallan en la misma casa; las dos son gratas al Señor y son por El igualmente amadas, como dice el Evangelio: *Jesús amaba a María, a Marta y a Lázaro.*

3. Y si no, piensen: ¿quién, jamás, de los Santos Padres, llegó a la perfección sin una y otra acción? Pues por cada uno de nosotros han de ser ejercitadas ambas partes. Sin duda, en algún tiempo debemos realizar las tareas propias de Marta, pero en otros momentos aquellas que son de María, a menos que se interponga la necesidad que no tiene ley. Por lo mismo debemos cuidar solícitamente estos tiempos que nos prefijó el Espíritu Santo para que, en efecto, en el tiempo de la lectura (espiritual)

estemos fijos y descansados, no entregándonos al ocio y al sopor, ni nos separemos de los pies de Jesús, sino que nos sentemos allí y escuchemos su palabra. Pero en el tiempo del trabajo estemos diligentes y prontos, no omitiendo de ningún modo, por el pretexto del descanso, las tareas del trabajo...

4. Pues, en efecto, aunque María tuviera por más dulce sentarse a los pies de Jesús, con todo, si lo mandara el Señor, se levantaría, sin ninguna duda, para servir con su hermana. Pero el Señor no mandó tal cosa sino recomendar, en este hecho, una y otra acción para que estemos solícitos, si no se nos manda otra cosa, y cuidar siempre diligentemente estas dos cosas sin abandonar una por la otra. Ha de considerarse entonces lo que dijo el Señor: *María ha escogido la mejor parte que no le será quitada.* Gran consuelo nos dio el Señor con estas palabras. Se nos quitará la parte de Marta, pero no la parte de María. (Serm. 17 en la Asunción de María.)

5. *Toda dádiva buena y todo don perfecto, viene de lo alto* (Sant. 1, 17). ¿En poder de quién —pregunto— está el orar como quisiera? ¿Nos es posible cuando queremos deshacernos en lágrimas, o arder en devoción, o elevarnos por la confianza? Sois conscientes de que nada de esto está en vuestro poder, pero *Dios envía el Espíritu de su Hijo,* que *clama en vuestros corazones: Abba, Padre.* (Gal. 4, 6; Rm. 8, 15.) Consecuentemente, este Espíritu despierta los efectos en la oración *distribuyéndolos a cada uno según su voluntad* (1 Col. 12, 11). El mismo, además, infunde un gemido saludable en los corazones de los que oran por lo que El mismo, también se dice, *intercede por nosotros con gemidos inenarrables.* (Rm. 8, 26.) *Inenarrables,* repito, porque, ¿quién será capaz de expresar de cuántas maneras el alma se conmueve en la oración en la que ya el pudor prorrumpe en gemidos por los pecados, ya el amor por las penas, ya la devoción por el afecto, ya el amor por el deseo? (Serm. 5 PL 6).

BEATO GILBERTO DE HOYLAND (m. 1172)

Discípulo de San Bernardo, en 1147 es nombrado padre de la comunidad de Swines-

head, función que desempeñó hasta 1167 en que dimitió. Hombre de profunda vida interior, fue un enamorado de la vida cisterciense, a la cual consagró sus talentos. De su producción literaria nos han llegado sus célebres Comentario al Cantar de los Cantares, *siete* Tratados ascéticos, *algunos* Sermones *y* Cartas.

1. Hermanos, si es rechazado el celo, ¿cuándo será admitida la desidia? Si no encuentra el amor, ¿cuándo encontrará la tibieza, cuándo la poca oración, cuándo la indolencia? Pero ¿a qué hablar ahora entre ustedes de poca oración y de indolencia? No es necesario que les ofrezca un remedio para una enfermedad que no padecen.

Estos vicios les son extraños. Porque, ¿quién de ustedes no es constante y fervoroso en la oración? Pero aunque la pereza esté ausente, procuren que las dilaciones enojosas no los fatiguen ni quebranten sus deseos.

Si el alma de ustedes fuere remisa en sus peticiones, o se desalentare en la espera, en ambas cosas habría falta.

Sabes que los deseos de la esposa son diferidos; y tú, si al primer latido de tu oración no te sientes inundado por las delicias de la inspiración divina, ¿te pones quejumbroso? Recién has comenzado, ¿y tan pronto se muda tu espíritu de dirección? ¿Qué sería si se te reprochara aquello del Evangelio: *¿No habéis podido velar conmigo una hora?* (Mt. 26, 40). Vigilen, pues, y oren, porque no saben a qué hora vendrá su Amado. La oración perseverante alcanza su fin. Y aunque a los comienzos te parezca seca y como de piedra, con todo sacarás de esta piedra durísima el aceite de la gracia siempre que perseveres, que la mucha demora no te canse, que tus deseos no disminuyan por la dilación.

Cierto, la dilación es penosa al amante; pero los deseos diferidos suelen crecer más. (Cantar de los Cantares, Sermón 6.)

2. Adviertan esto ustedes, los que oran poco y leen con detenimiento; que son fogosos para leer y tibios para orar. La lectura debe servir a la oración y preparar el corazón, pero no

debe acaparar las horas dedicadas a la oración ni cercenar los espacios dedicados a ella.

Cuando lees te instruyes acerca de Cristo, pero cuando oras inicias un coloquio familiar con El. ¿Y no es mucho más dulce hablar con El que hablar de El? Si los que se entregan con excesivo ardor a la lectura sufren la pérdida de las visitas espirituales por su escasa oración, ¿qué diremos de aquellos a quienes las conversaciones interminables los disipan o las cuestiones intrincadas los dividen? (Ibíd, Serm. 7).

3. *Esconde la limosna en el seno de los pobres, y ella rogará por ti al Señor.* Bajo la palabra "limosna" se ha encerrado de forma adecuada todo lo que misericordiosamente se da a los pobres; no sólo el alimento y el vestido corporales, sino también la doctrina, la exhortación, la corrección, el consuelo y todo lo que parece convenir al bien del alma.

Estas son obras de caridad y nos obtienen la eficacia de la oración, cuando son hechas con vistas a Dios sólo...

Marta se mostraba solícita y turbada por muchas cosas. Esta turbación, causada por las muchas cosas, parecía ser un cierto cambio de rostro. *María eligió la mejor parte que no le será quitada (Lc. 10, 41-42).*

4. La mejor parte es el ejercicio de la contemplación y de la caridad. Porque aunque las obras de Marta sean obras de caridad, con todo, la caridad se coloca allí al servicio de la necesidad, no al servicio de sí misma...

En las necesidades de los hermanos, la caridad mira al que sufre mucho, por lo cual se mueve a compasión y a lo que ella debe hacer para alejar ese sufrimiento. En cambio, cuando contempla las virtudes del Amado..., se adhiere dulcemente a El. Esto es lo propio del amor, esta su función: estar todo en el que ama.

Así es ciertamente cuando un único e indivisible gozo todo lo envuelve y abraza: la función, el fin y la causa. La función es el amor; la causa es la visión, y el fin es una y otra cosa. Y no puede haber fin más feliz que la visión de Dios y su amor.

Todos los deseos de los santos tienden a este fin. Este fin es fin en sí mismo; el amor, contento consigo mismo, no quiere

tender a nada mejor. Esto es lo único "necesario" que no le ha sido quitado a María y de lo que se congratula el Salmista, diciendo: *Mi bien es adherirme al Señor* (Sal. 72, 28). Este es aquel transporte que arrebató a Pablo hasta el tercer cielo. Esta es la embriaguez que asemejaba el rostro de Ana al de un borracho. Este es el vino que embriagaba a los Apóstoles cuando el Espíritu los llenó de su vehemencia y les hizo sentir las primicias de la virtud de aquel vino nuevo que Jesús les prometió (Mt. 26, 29). (Ibíd, Serm. 10.)

BEATO GUIDO II (m. 1193)

Guido II fue el noveno Prior de la Gran Cartuja, la que gobernó hasta 1180 y murió trece años después. Fuera de esto no sabemos más de su vida. Dice un autor: "Quizá fue un gran santo y quizá haya que identificarlo con aquel cartujo que, después de muerto, tantos milagros hacía en su tumba que, atrayendo a numerosos peregrinos, hacía peligrar la soledad de la Cartuja, por lo cual el prior tuvo que ordenarle por santa obediencia que cesara de hacer milagros, orden que cumplió inmediatamente... Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que fue un monje de vida ejemplar, de una vida interior muy profunda y santa, como lo demuestran sus "Meditaciones" y "La Escala de los monjes", únicas obras que de él conocemos".

Cierto día, durante el trabajo manual, había comenzado yo a reflexionar sobre el ejercicio espiritual del hombre, cuando de pronto se presentó a mi mente la escala de los cuatro grados espirituales: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Es esta la escala de los monjes por la cual suben éstos de la tierra al cielo. Es cierto que tiene pocos escalones, pero ella es de

grande e increíble magnitud, que si un extremo se apoya en la tierra, la parte superior penetra los secretos de los cielos...

La *lectura* es la inspección cuidadosa de las Escrituras, realizada con espíritu atento.

La *meditación* es el trabajo de la mente estudiosa que, con la ayuda de la propia razón, investiga la verdad oculta.

La *oración* es el impulso devoto del corazón hacia Dios pidiéndole que aleje los males y nos conceda los bienes.

La *contemplación* es como una elevación sobre sí misma de la mente que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la eterna dulzura...

No es la lectura ni la meditación lo que hace alcanzar esta dulzura, sino que es un *don de lo alto*. Leer y meditar son cosas que hacen los buenos y los malos. Hasta los mismos filósofos paganos, guiados por la sola razón, llegaron a descubrir en qué consiste el verdadero bien. *Pero habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios* (Rm. 1, 21).

Por tanto, viendo el alma que por sí misma no puede llegar a conocer y a experimentar la dulzura que tanto desea, que cuanto más se eleva su corazón, tanto más Dios se eleva, se humilla y se refugia en la oración...

Por ello, *la lectura* aparece en primer lugar como fundamento. Ella proporciona la materia y nos lleva a la meditación.

La meditación busca atentamente qué es aquello que debe ser deseado. Cavando, descubre un tesoro, y lo muestra, pero no puede alcanzarlo por sí misma, y nos remite a la oración.

La oración, alzándose con todas sus fuerzas hacia Dios, le pide el deseado tesoro: la suavidad de la *contemplación*.

Esta, cuando llega, recompensa el esfuerzo de las tres anteriores, embriagándose el alma sedienta con la dulzura del rocío celestial...

Pues ¿qué le aprovecha al hombre ver en la meditación lo que debe hacer, si no lo pone en práctica con la ayuda de la oración y la gracia de Dios? *Todo don excelente, todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces* (Sant. 1, 17), sin el cual nada podemos. El es quien obra en nosotros, pero no sin nosotros. *Somos cooperadores de Dios* (1 Cor. 3, 9), como dice el Após-

tol. Dios quiere que lo invoquemos, quiere que abramos el seno de nuestra voluntad a la gracia que llega y que golpea a la puerta (Ap. 3, 20), quiere nuestro consentimiento.

Este era el consentimiento que le exigía a la Samaritana cuando le decía: *Llama a tu marido,* como si le dijera: Quiero infundirte la gracia; tú acude con tu libre albedrío. Le exigía que orara: *Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", quizá fueras tú quien le hubieras pedido agua viva* (Jn. 4, 10).

Cuando ella oyó esto, instruida por el Señor como por una lectura, meditó en su corazón cuán bueno y útil le sería poseer este agua, y, habiéndose encendido en ella el deseo de tenerla, apeló a la oración, diciendo: *Señor, dame de este agua para no sufrir más sed* (Jn. 4, 15).

He aquí cómo la palabra que oyó del Señor, al ser meditada, la movió a orar. Pues, ¿cómo se hubiera preocupado de pedir, si la meditación no hubiera antes encendido su deseo? ¿Y de qué le hubiera servido la meditación, si lo que ésta le mostraba como deseable no lo pidiera luego en la oración? Por eso, para que la meditación sea fructuosa es necesario que se prolongue en oración devota, cuyo efecto, por decirlo así, es la dulzura de la contemplación.

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura es engañosa; la oración sin la meditación es tibia; la meditación sin la oración es infructuosa. La oración devota alcanza la contemplación, pero la contemplación sin la oración *no existe* o es un hecho raro y milagroso.

El Señor, en efecto, cuyo poder no tiene límites, y cuya misericordia se extiende sobre todas las criaturas, saca a veces de las piedras hijos de Abraham, forzando a los duros y a los que no quieren ceder, a que acepten. Es tan generoso que, como dice el refrán, entrega al buey por el cuerno, cuando se presenta sin ser llamado, y se da sin ser buscado. Esto, como leemos, sucedió con algunos, como con Pablo (Hech. 9) y con otros. Sin embargo, no debemos tentar a Dios presumiendo algo semejante, sino que debemos hacer nuestra parte, es decir, leer y meditar sobre la ley de Dios, y pedirle que ayude a nuestra debilidad (Rm. 8, 26) y que mire nuestra imperfección. El mismo nos enseña a hacerlo

cuando dice: *Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá* (Mt. 7, 7). *Pues el reino de los cielos padece violencia, y son los violentos los que se lo arrebatan* (Mt. 11, 12).

¡Feliz el hombre cuyo espíritu, libre de otras ocupaciones, desea siempre considerar estos grados, aquel que habiendo vendido todo lo que tiene, compra aquel campo donde se oculta el anhelado tesoro, es a saber, vacar y ver cuán suave es el Señor! Aquel que guarda el primer grado, que tiene cuidado de practicar el segundo, que es devoto en el tercero, y se eleva por encima de sí mismo por el cuarto, por estas ascensiones que dispuso en su corazón, sube de virtud en virtud hasta ver al Dios de los dioses en Sión.

Feliz aquel a quien se le concede permanecer, aunque fuera por poco tiempo, en este último grado, aquel que puede decir: He aquí que siento la gracia de Dios; he aquí que con Pedro y con Juan contemplo su gloria en el monte; he aquí que con Jacob gozo de los abrazos de la hermosa Raquel...

De este modo, guiados por la razón y por el testimonio de las Escrituras, vemos claramente que estos cuatro grados encierran la perfección de la vida bienaventurada, y que el hombre espiritual debe ejercitarse en ellos continuamente. ¿Pero quién hay que se ajuste a este modo de vivir? *¿Quién es para que lo alabemos?* (Ecli. 31, 9). Muchos son los que lo quieren, pero pocos los que lo realizan (Rm. 7, 18). ¡Ojalá seamos de estos pocos! (La Escala de los monjes; traducción española de CC.MM.)

SAN FRANCISCO DE ASIS (m. 1226)

Nació en Asís en 1182 y a la edad de 20 años siente la dulce llamada de Dios que le invita a la oración, la penitencia y la pobreza evangélica. Poco después se le van uniendo compañeros que desean seguir su misma vida. San Francisco, inspirándose en el Evangelio, escribe su Regla, que aprueba el Papa Inocencio III, y nace la Orden de Frailes Meno-

res u Orden Franciscana, que tanto bien trajo a la Iglesia.

1. *San Francisco* afirmaba rotundamente que el religioso debe desear, por encima de todas las cosas, la gracia de la oración; y, convencido de que sin la oración nadie puede progresar en el servicio divino, exhortaba a los hermanos, con todos los medios posibles, a que se dedicaran a su ejercicio. *(S. Buenaventura, L. M. c. 10.)*

Y decía: El siervo de Dios que padezca alguna tristeza, debe inmediatamente recurrir a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación *(Cel. Vid. 2.ª c. 125.)*

El predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados; debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabras que no llevan vida *(Ibíd. 163).*

2. Hay muchos frailes que ponen su empeño y solicitud en adquirir una vana ciencia, abandonando su santa vocación, separándose tanto con el cuerpo como con el espíritu de las sendas de la humildad y de la fervorosa oración, los cuales cuando al predicar al pueblo observan que algunos quedan edificados, o se convierten al Señor a penitencia, se llenan de una orgullosa hinchazón y se ensorberbecen del progreso y adelanto ajeno, como si fuese propio, siendo así que lo que ellos consiguen con su predicación, no es otra cosa sino precipitarse más en el mal, no sacando para sí en realidad provecho alguno, ya que no son otra cosa sino meros instrumentos de aquellos a través de los cuales el Señor ha producido tales frutos. Pues los que ellos piensan que son edificados y convertidos a la penitencia por obra de su ciencia y predicación, los edifica y convierte el Señor por las oraciones y gemidos de los religiosos virtuosos, humildes y sencillos, aun cuando estos santos religiosos lo ignoren, permitiéndolo así el Señor para que no tengan ocasión de ensorberbecerse.

Estos son mis frailes benditos, caballeros de la Tabla Redonda, que gustan de vivir en los desiertos y lugares retirados con el

fin de dedicarse con más ahínco a la oración y meditación, llorando sus pecados y los del prójimo, viviendo humilde y sencillamente, cuya perfección es solamente conocida por Dios y casi siempre ignorada de los hombres y hasta de los mismos frailes.

Cuando las almas de éstos sean presentadas en el tribunal de Dios, entonces les mostrará el Señor el fruto y la recompensa de sus trabajos, es decir, la multitud de almas que se han salvado por sus ejemplos y fervorosas oraciones, al tiempo que les dirá: "Mirad, amados hijos míos, todas estas almas se salvaron por vuestras oraciones, lágrimas y buenos ejemplos; y, *ya que fuisteis fieles en lo poc, Yo os elevaré a una altura mucho mayor* (Mt. 25, 21). Otros han trabajado y predicado con discursos de su propia sabiduría y ciencia, y Yo, por vuestros merecimientos, he producido el fruto de la salvación. Recibid, pues, la recompensa del trabajo de ellos y el fruto de vuestros méritos, el reino de los cielos que habéis conquistado con la violencia de vuestra humildad y sencillez, de vuestras lágrimas y oraciones..."

3. Y así, el bienaventurado Francisco, explicaba este texto: *La mujer estéril dio a luz muchos hijos y la madre de muchos șe vio abandonada (Is. 54, 1).* La mujer estéril —decía— es el buen religioso, sencillo y humilde, pobre y despreciado, vil y humillado, que por sus santas oraciones y virtudes sirve constantemente de edificación a los demás y los da a luz con oraciones, gemidos y lágrimas" *(S. Buenaventura, Esp. de Perf. c. 72; Ley. Perusa, 103).*

4. Los frailes a los cuales dio el Señor gracia para trabajar, trabajen fiel y devotamente, de manera que desechando la ociosidad que es enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, a lo cual todas las demás cosas temporales deben servir (Reg. F. M. c. 5).

SAN ANTONIO DE PADUA, Dr. (m. 1231)

San Antonio de Padua, lusitano, ingresa muy joven en los Canónigos Regulares de San Agustín, en Coimbra; más tarde, deseoso del martirio, ingresa en la Orden Francis-

cana para ir a las misiones; pero por disposición divina es el gran misionero y taumaturgo de Italia, a las órdenes de San Francisco de Asís, que le nombra Maestro de Sagrada Teología, muriendo al fin en Padua, que le da el nombre mientras él la hace mundialmente famosa.

1. *Oración de súplica y acción de gracias.*—La súplica es la ansiosa insistencia ante Dios, en los ejercicios de piedad, en los cuales, el que pone ciencia ante la gracia que socorre, no pone sino dolor. Mas la oración es la afección del hombre que se adhiere a Dios, unión familiar y piadosa locución y quietud de la mente que se ilumina y goza lo que le es permitido...

La acción de gracias consiste en la inteligencia y reconocimiento de la gracia de Dios, que la indeficiente y no desviada intención de la buena voluntad dirigida a Dios manifiesta en la oración externa, o mediante la afección interna...

La suavidad de la vida contemplativa, conserva la humildad del alma en la juventud de la gracia, por donde, para que se renueve tu juventud de la gracia, por donde, para que se renueve tu juventud como la del águila (Sal. 102, 5), aleja la corrupción, porque el alma que se baña en aquella suavidad es incorruptible al contacto del pecado *(Un Puente sobre siete siglos, p. 287).*

2. *Por manos de María nos llegan todas las gracias.*—Por María han salido del cielo todas las gracias que Dios nos ha concedido en este mundo. Acógete a Ella, oh, predicador, pues es ciudad de refugio. El nombre de la Señora es torre fortísima; si a ella se acoge el pecador, se salvará... Por los ruegos y méritos de la Virgen el rocío del Espíritu Santo refrigera el ardor de nuestra mente, perdona los pecados e infunde la gracia *(Melús. Orar con María).*

BEATO JORDAN DE SAJONIA (m. 1237)

El Beato Jordán de Sajonia fue el sucesor inmediato de Santo Domingo en el generalato de la Orden de Predicadores. Bajo su gobier-

no la orden se propagó prodigiosamente alcanzando su mayoría de edad. Las Cartas a Diana son uno de los principales documentos testimoniales de aquel momento histórico, de sus cualidades sobrenaturales y de su celo apostólico.

Dice el P. Alejandro, traductor de las Cartas: "Es notable la insistencia con que Jordán pone en guardia a las monjas de Santa Inés, y más concretamente a Diana, del peligro que corren de excederse en las mortificaciones corporales. Sí, las penitencias corporales son necesarias, pero hay que usarlas con prudencia. En cambio, nunca hemos de temer el exceso en la práctica de las virtudes...

El valor de la oración es incalculable. Y ello, en todas sus modalidades: coloquios, deseos, meditaciones, súplicas y peticiones, acción de gracias. Domingo había fundado las monjas antes que a los frailes, para apoyar en la oración de las monjas la eficacia del apostolado de los frailes. Jordán confía plenamente en la oración de sus hijas de Santa Inés. Continuamente les está pidiendo oraciones, y a ellas atribuye la abundancia de vocaciones en la Orden. Las entradas de aquellas multitudes de estudiantes son momentos de júbilo de Jordán; pero no es él, son las oraciones de sus monjas las que hacen el milagro de las conversiones en masa. Por eso, les comunica con emoción no disimulada el número y las cualidades personales de los estudiantes que entran en Bolonia, en París, en Padua, en Vercelli, en Oxford. Y les pide que den gracias a Dios por los ya ingresados, y sigan pidiendo por los que están para entrar en la Orden" (Introducción a las Cartas).

Os exhorto, hijas mías muy queridas, a que con devotas plegarias, pidáis a Dios, autor de la paz, que se digne unificar a su Iglesia santa con su paz. (Carta 10.)

Por lo demás, espero de la gracia de Jesucristo que todas insistáis cada vez más en la oración, que os deis a la meditación, que seáis prontas en obedecer, solícitas en obrar, tardas para hablar, constantes en el silencio... Rezad al Señor por mí sin interrupción para que siempre nos abra largamente su mano y ponga su palabra en nuestra boca para honor suyo, provecho de la Iglesia e incremento de la Orden... Rogad con frecuencia al

Señor, para que cumpla su voluntad, particularmente en los que ya esperamos y también en otros. (Carta 16.)

Tú sabes que el hombre se compone de alma y cuerpo. Para no morir de hambre, el cuerpo está siempre satisfaciendo sus deseos en el mundo corpóreo. Pero el alma es superior al cuerpo. Por ello, muy querida mía, no abandones tu espíritu a tu cuerpo, antes bien, mándalo de vez en cuando a la región espiritual, para que allí reciba el alimento que no encuentra en la tierra, el cual se adquiere con el deseo devoto y no con dinero.

¿Quién será el infeliz que muera de hambre por falta de un alimento que se adquiere con sólo desearlo? Di, pues, con el Profeta: *Mis ojos siempre están fijos en el Señor,* como los ojos del pobre en el rico, esperando con deseo vehemente su limosna.

Las abejas recogen en las flores de la tierra la miel terrena y la depositan en los panales, solícitas del futuro. Tu espíritu se muere si no se alimenta de miel espiritual. Ya sabes que es muy delicado y aborrece los alimentos groseros. Por tanto, manda a tu espíritu a las flores del prado celestial que no se marchitan, a recoger la miel con que alimentarse. Que en la recogida no se la coma toda y almacene parte en el vaso del corazón, para si alguna vez flaquea en el deseo, encuentre en sí misma lo que había reservado y con ello pueda deleitarse entonces, muy querida mía, sintiéndote feliz con tales deseos, no te olvides de este pobrecito que te escribe. (Carta 51.)

Desde el día en que dedicaste tu corazón a investigar cómo abandonar de modo perfecto no sólo tus cosas y a los tuyos, sino también a ti misma, te has hecho muy amiga de Dios. Querida mía, permanece firme cual columna inmóvil en el temor de Dios y en las observancias de tu Orden. Ejercítate en la piedad que es el culto de Dios. Pues, como dice el Apóstol, *la piedad es útil para todo.* Aléjate cuanto te sea posible de conversaciones inútiles. Unete a Dios con la asidua familiaridad de la oración. Que te sea amable tu querido esposo Jesús y también el rostro del Amado, elegido entre millares. (Carta 54.)

Tus oraciones y las de las monjas han influido no poco ante Dios, que nos ha dado cerca de treinta novicios virtuosos, letrados y nobles, muchos de los cuales ya son también maestros. (Carta 26.)

Por lo demás, igual que antes orasteis al Señor y El os escuchó cuando los estudiantes de Padua, donde entraron veinte novicios buenos y virtuosos, sed ahora solícitas en darle gracias y no aminoréis la intensidad de vuestras oraciones. (Carta 1.)

También os recomiendo a ti y a ellas que oréis por los corazones de los clérigos, para que Dios se digne moverlos y atraer a El, para salvación suya, gloria de Dios y acrecentamiento de la Iglesia y de la Orden, a los que El sabe que son idóneos para nosotros. (Carta 19.)

Esforzaos, pues, en el ejercicio de la oración y orad por mí y los demás. (Carta 45.)

SAN BUENAVENTURA, Dr. (m. 1274)

San Buenaventura, "el Doctor Seráfico", a la edad de 22 años es enviado a estudiar a la Universidad de París, donde fue condiscípulo de Santo Tomás de Aquino, teniendo por maestro a San Alberto Magno. Fascinado por el ideal franciscano, ingresa en la Orden y a los 36 años es electo Ministro General, por lo que algunos no han dudado en llamarle su segundo fundador.

1. Por lo que hace a las peticiones de la oración dominical, hay que observar que, si bien Dios es liberalísimo y más dispuesto a dar que nosotros a recibir, sin embargo, quiere que recurramos a El por la oración para tener ocasión de concedernos los dones de la gracia del Espíritu Santo. Y quiere que recurramos a El no sólo con oración mental, que es "elevar el entendimiento", sino también con oración vocal, que es "pedir a Dios cosas convenientes"; y no sólo directamente y por nosotros mismos, sino también por medio de los santos, que son como coadyuvadores dados por Dios para conseguir por su mediación lo que, como menos dignos, no podemos conseguir por nosotros mismos.

Mas como *no sabemos qué pedir según lo que nos conviene*, se nos ha dado una fórmula de oración, compuesta por el mismo Señor, a fin de que no andemos vagando sin rumbo; y en esta fórmula, integrada por un septenario de peticiones, se encierra la totalidad de las cosas que se deben pedir.

2. Para darnos a entender lo dicho puede servir el siguiente razonamiento: el primer Principio, sumamente verdadero y bueno en sí mismo, es también misericordioso y justo en sus obras. Y porque es misericordiosísimo, con sumo agrado condesciende y se abaja al nivel de la humana miseria por la infusión de su gracia. Mas como al mismo tiempo es justo, no da el *don perfecto*, sino a quien lo desea; no concede la gracia, sino a quien se la agradece; no hace misericordia, sino a quien reconoce la propia miseria, para que quede a salvo el libre albedrío y no se envilezca don tan noble como lo es la gracia, y se conserve íntegro el culto del honor divino.

Y puesto que a quien ora pertenece apetecer el socorro divino, alegar la propia insuficiencia y dar gracias por los beneficios gratuitamente concedidos; de ahí que la oración nos dispone para recibir los divinos carismas, y por eso quiere Dios que oremos para concedernos sus dones.

Además, como para que nuestro deseo se levante con eficacia hacia la consecución de los dones divinos, es preciso que nuestro afecto se enfervorice, nuestro pensamiento se recoja, y nuestra esperanza sea firme y cierta, y porque nuestro corazón está frecuentemente tibio, frecuentemente disipado y frecuentemente temeroso por el remordimiento del pecado, sin osar presentarse por sí mismo ante el divino acatamiento, por eso quiso el Señor que oráramos no sólo mentalmente, sino aun vocalmente, para mover el afecto con las palabras y para recoger el pensamiento con el sentido de las mismas.

3. Quiso también que orásemos por mediación de los santos y que los santos oraran en favor nuestro para infundir confianza en los tímidos, de modo que los que no se atreven o no pueden alcanzar algo por sí, lo consigan por medianeros adecuados, y así se conserve la humildad en los que oran, se patentice la dignidad de los santos que interceden, y en todos los

miembros de Cristo se manifieste la caridad y la unidad, en virtud de la cual los inferiores recurren confiadamente a los superiores, y los superiores condescienden liberalmente al recurso de los inferiores.

Finalmente, puesto que Dios, justo y misericordioso, no debe escucharnos sino en las cosas que se relacionan con su honor y con nuestra salvación, y a esta categoría pertenecen las cosas que atañen al premio eterno de la patria y al viático o ayuda de viaje de este destierro, y las primeras son tres y las otras cuatro, resulta que son siete las peticiones de la oración dominical que nos enseñan qué es lo que útilmente debemos pedir.

En efecto, son tres las cosas que atañen al honor divino y al premio celeste, a saber: el conocimiento de la verdad, la reverencia de la majestad y la consonancia de la voluntad. Dicho con otras palabras: o bien se trata de la visión de lo sumo verdadero, que no pueden ver sino los puros y los santos; y se pide esto al decir: *Santificado sea tu nombre*. Es decir: Comuníquese un conocimiento cabal de tu nombre a los que son perfectos, santos y puros; o bien se trata de la posesión de lo sumo arduo, que nos hace reyes; pues por esta posesión se consigue el reino, y se pide esto al decir: *Venga a nosotros tu reino*. O se trata de la fruición de lo sumo bueno, que no se da sino a quienes tienen su voluntad conformada a la voluntad divina; y se pide esto al decir: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*.

4. Mas con respecto a las cosas que atañen a nuestro viaje por este destierro, son, ya la concesión de un bien que nos conviene, o ya el apartamiento de un mal que nos perjudica.

Se pide la concesión del bien al implorar el pan cotidiano o superficial, que comprende todo lo que es necesario para la conservación de la vida presente, tanto según el alma como según el cuerpo.

Por último, se pide el apartamiento del mal en las tres últimas peticiones, tanto el mal pasado como el futuro o presente... Pedimos el apartamiento del primer género de mal por *el perdón de nuestras deudas;* y del segundo, por *la victoria sobre las tentaciones;* y del tercero, por la *liberación de los males que nos oprimen*. Y

así, son siete en total las peticiones (del Padrenuestro) con que pedimos en general todo lo que se ha de pedir *(Breviloquio Parte V)*.

5. No podremos levantarnos sobre nosotros si no es mediante una fuerza superior que nos eleva; porque por mucho que nos dispongamos interiormente, nada podremos conseguir si no nos acompaña el auxilio divino. Y en verdad, el auxilio divino solamente acompaña a los que de corazón lo piden humilde y devotamente, suspirando por él en este valle de lágrimas; cosa que se consigue con la oración ferviente; lo que significa que la oración es la madre y origen de la sobreelevación *(Espec. del Pob. Des. c. 1)*.

6. Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres espantar de tu alma las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente: si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en ella todas las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas.

Y además de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque este es el camino por donde sube el ánimo a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejando aparte el testimonio de las Divinas Escrituras) bástete esto ahora por suficiente alabanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han